

Inspectoria Salesiana
San Luis Beltrán
Medellín - Colombia

488006
11.7.2001



FAUSTO ENRIQUE MACIAS CAMERO

Salesiano Coadjutor

FAUSTO ENRIQUE MACIAS CAMERO

SALESIANO COADJUTOR

UN RECUERDO FRATERNO

El recuerdo de nuestro hermano Salesiano Fausto Enrique Macías Camero nos pone en sintonía de nuevo con nuestra propia experiencia vocacional porque, además de hacer memoria de la vida y vocación salesianas de Don Fausto como cariñosa y familiarmente lo llamábamos, también es la oportunidad para tomar conciencia, una vez más, de que seguimos peregrinando en medio de las alegrías y dificultades inherentes y propias de nuestra vida consagrada con la convicción firme de encontrarnos un día en la “plenitud de la Pascua de Cristo” y gozar así con Don Fausto la corona obtenida después de toda la vida entregada y sacrificada, aquella corona que no se marchita, tal como San Pablo lo experimenta: “he competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor...” (2 Tm 4,7-8). De esta manera, el recuerdo fraternal de Don Fausto nos estimula a seguir “corriendo” en favor del Reino de Dios y del Proyecto Salesiano, luchando por el bien de nuestros destinatarios para alcanzar la salvación, teniendo presente que “los atletas se privan de todo; y eso por una corona corruptible. Nosotros, en cambio, por una incorruptible” (1Co 9,24).

Hacemos entonces memoria no solo de la historia o simplemente de un “currículum vitae” sino sobre todo hacemos “memoria del corazón” que no es otra cosa que la gratitud, el

cariño y el recuerdo permanente de Don Fausto y por eso vale la pena escribir, meditar y reflexionar sobre el recorrido de esta vida, aparentemente anónima por su sencillez y silencio pero, eso sí, vivida con mucha profundidad, convicción y entusiasmo haciendo en todo la voluntad del Señor, pues continuamente y sobre todo en los últimos cinco meses de su enfermedad repetía con mucha frecuencia y hasta de una manera muy jocosa: “qué más...” y él mismo se respondía: “pues no más...”. Se refería al desenlace de la enfermedad que él, desde la fe, bien intuía de qué se trataba. Y así terminaba su reflexión: “estamos en las manos de Dios... que suceda lo que El quiera... Dios tiene la última palabra”. Pero es importante anotar que todas estas expresiones de Fausto no eran una resignación pasiva como denotando amargura o tristeza en la vida; más bien eran fruto de una fuerte convicción sobrenatural, además de la manifestación y vivencia de la fe grande en Dios. Don Fausto, en efecto, buscó siempre hacer en todo la Voluntad de Dios, al igual que Jesucristo, hasta el final de su vida. Y en este sentido, también podemos decir que toda la vida de Don Fausto estuvo enmarcada por una profunda vivencia de la dimensión teologal.

Así, su espíritu de fe y de oración aparecía fuertemente marcado en todo momento. Hay un detalle curioso que ilustra esta afirmación. Don Fausto, cada mañana, muy temprano pasaba por cada una de las habitaciones de sus hermanos salesianos tocando la campanita como queriendo invitar y convocar a la comunidad al encuentro matutino con el Señor. Era una actividad que hacía todos los días y lo hacía no por inercia, costumbre sin sentido o rutina sino, realmente, porque amaba la oración. De hecho podemos decir que fue un “hombre de oración” y por eso vibraba porque toda la comunidad estuviera reunida en oración antes del trabajo cotidiano. El mismo era puntualísimo. Nos cuenta el P. Gustavo Cadavid que “siempre estaba en las prácticas de piedad de la comunidad. Era un hombre de fe. Quería mucho a la Virgen... rezaba el rosario en el patio con los internos, allí

donde era posible y cuando era solo la comunidad hacia lo mismo, antes o después de la comida, ahí estaba Fausto, camándula en mano, acompañando la plegaria mariana".

Un detalle bonito y significativo que complementa esta caracterización de Don Fausto como "ese hombre de fe", fue que siempre tuvo una gran devoción hacia el Pesebre. Esperaba con "impaciencia" el tiempo navideño para poder sacar todos los arreglos y figuras para armar el pesebre. Amaba, gozaba, vibraba por esta actividad, incluso la novena de aguinaldos amenizada por él mismo, con cantos, gozos y villancicos. Era, al mismo tiempo, una manera real y simbólica de contemplar el misterio de la Encarnación, según respondía Don Fausto cuando se le interrogaba sobre la motivación de esta actividad.

SUPRIMERA FAMILIA

Don Fausto nació el 5 de Octubre de 1927 en Funza (Cundinamarca) en el seno de un hogar profundamente cristiano. Sus padres Salomón Macías y María Isabel Camero lo educaron y formaron en los buenos principios y valores cristianos, religiosos y morales. Con toda seguridad, estos principios y todo este ambiente familiar hicieron germinar la vocación a la Vida Religiosa. Esto lo demostró siempre durante toda su vida, pues fue un hombre educado y respetuoso, sumamente afable y delicado en sus detalles. Era un buen conversador, con sentido del humor y espontáneo para expresar sus pensamientos y sentimientos, expectativas e intereses. En una palabra, Don Fausto fue el hombre gentil y caballeroso, servicial y disponible, presto y atento a las necesidades del otro.

Don Fausto perteneció a una familia bastante grande, no solo en cuanto a número sino también en calidad. Fueron once hijos

en total. Son ellos Aracelly, Salomón, Graciela, Alirio, Cecilia, Humberto, Carmen, Isabel, Edilberto y Julio César. Una familia bendecida por Dios, pues además de Fausto, salesiano, su hermana Cecilia en la actualidad es Religiosa Dominicana de La Presentación. Don Fausto era el hermano mayor. A sus 15 años entró a la Comunidad Salesiana en Mosquera para continuar y completar sus estudios de bachillerato dándose ya desde este tiempo un desprendimiento total de su familia que vivió y llevó hasta el final. Cuando sus familiares lo visitaban les atendía por espacio de muy poco tiempo y con tal sobriedad y parquedad que escasamente les brindaba algo de comer y como diciendo, “ya es hora de regresar”. Seguramente esto se debió a la edad temprana y rápida en la que salió de su hogar y, además, como era el hermano mayor, sus hermanos menores no lo conocieron en el propio hogar sino después de pasar ya algunos años en la Comunidad. Su hermana Carmen dice por ejemplo: “yo lo conocí ya siendo todo un señor, un adulto”. Y también, seguramente, cuestión de mentalidad y formación, pues las visitas y los contactos con la propia familia que se tienen hoy eran más bien raros y poco frecuentes en aquel tiempo. Esto es, a partir de 1943, cuando por primera vez Fausto deja su familia para irse “definitivamente” con los salesianos. Aquí comienza primero de bachillerato y ya en cuarto de bachillerato en 1946, decidió pasar como aspirante a salesiano coadjutor. Y se encuentra con los diferentes talleres que había en ese momento en Mosquera: sastrería, zapatería y carpintería. Pero a Fausto le encargaron como ayudante de panadería del jefe que era el Sr. Pablo Rodríguez, salesiano.

De este tiempo nos cuenta el P. Bernardo Vélez que “lo conocí desde que Fausto era niño, en el Aspirantado de Mosquera. Llamaba la atención su figura externa: bajito y magro; pero ágil y veloz en los juegos que, por reglamento y tradición, eran obligatorios. Se inscribió en el grupo de los que en Argentina llamaban -exploradores de Don Bosco- y que entre nosotros se denominan -Boys Scouts-. Los impulsores más animosos fueron el P. Juan Bonilla y el P. Francisco Van Galen. Don Fausto era

incansable en las largas caminatas, ganó fama de resistente y era magnífico compañero”.

EL ITINERARIO VOCACIONAL

En “El Porvenir”, una finca donada a los salesianos en lo que hoy aún se llama La Cita (Usaquén), y que es la sede actual del teologado en Bogotá, un 9 de Enero de 1947 inició la experiencia de la vida religiosa salesiana haciendo su noviciado en compañía de otros jóvenes entusiastas que también optaron por el seguimiento de Jesucristo al estilo de Don Bosco. Algunos de sus compañeros de noviciado son el P. Oscar Posada, el P. Jairo Toro y los coadjutores Ramón López (fallecido también recientemente) y Alvaro López, este último de la Inspectoría de Bogotá. Aquí se fascinó con Don Bosco y oyéndolo hablar sobre la vida salesiana hasta se puede uno imaginar que Don Fausto en más de una ocasión repitió las palabras de Juan Cagliero «fraile o no fraile yo me quedo con Don Bosco».

Al terminar el año de Noviciado, y después de seguir las sabias enseñanzas y buenos ejemplos del Maestro de Novicios, el P. Luis María Bonilla, en Usaquén, el 18 de Enero de 1948 emitió su Profesión Religiosa por tres años y como salesiano coadjutor. El P. José María Bertola, entonces Inspector recibió a Fausto como hermano entre los salesianos de Don Bosco. Tres años más tarde renovó el compromiso salesiano en Bogotá el 16 de Enero de 1951, preparando así el día grande y feliz en que dio su sí definitivo al Señor con la Profesión Perpetua el 29 de Enero de 1954 en Usaquén. Continúa narrándonos el P. Bernardo Vélez: “Don Fausto era fácil para el estudio y bastante inquieto intelectualmente; pero no se orientó hacia el sacerdocio; eligió y optó por la Vida Religiosa Salesiana Laical como Salesiano Coadjutor. Los superiores más adelante le facilitaron la especialización en agronomía”.

Durante los primeros años como salesiano siempre disponible y atento a sus superiores, realizó las actividades y trabajos encomendados. Por eso, desde 1948 hasta 1951 por espacio de cuatro años, estuvo en el Guacamayo, una población Santandereana donde los salesianos tenían una obra para jovencitos sanos hijos de padres enfermos de lepra. Allí se le encomendó una responsabilidad muy sencilla pero muy importante. Además de las clases y actividades propias de un verdadero educador y asistente salesiano, tuvo la oportunidad de ser profesor de Geografía y se dedicó también a los oficios domésticos. En ese entonces se hablaba mucho de la figura del «factotum», es decir, esa persona que se dedicaba a todos los oficios propios de una casa. Seguramente uno se imagina a Don Fausto realizando estos oficios como en una verdadera casa de familia. Así nos quería Don Bosco: que nuestros lugares y comunidades fueran unas familias en el sentido amplio de la palabra. Aquí en el Guacamayo compartió el trabajo con Don Natanael Martínez, salesiano y maestro de música quien lo recuerda con cariño y nos dice que “habiendo compartido en fraternidad en el trabajo salesiano cuatro años en el Guacamayo, he sentido profundamente la muerte del querido Fausto Macías, quien se destacó como buen educador y gran maestro en agronomía. El Señor habrá premiado ya su ejemplar vida salesiana”.

Este ejemplo de Fausto, insertado en las labores domésticas realizadas con sencillez, entrega y alegría, es el que vitaliza y refuerza aquel párrafo expresivo del artículo 78 de nuestras Constituciones: “En la laboriosidad de cada día, nos asociamos a los pobres que viven de su propio esfuerzo y testimoniamos el valor humano y cristiano del trabajo”. Y todo lo hacía con criterio y realismo y ante los detalles sencillos cuando la gente lo «felicitaba» jocosamente contestaba: «no sé si me halaga o me amaga».

En la ciudad musical de Colombia, y por un espacio de siete años (1952 – 1958) realizó los mismos oficios domésticos en la Escuela Agronómica «San Jorge». Siempre con el mismo ánimo y entusiasmo, amando mucho la vocación salesiana a través de la obediencia.

Durante estos años se fueron dando las posibilidades y, seguramente, se vio la necesidad y oportunidad de completar la formación académica e intelectual de Fausto con miras a la misión. Es así como lo vemos de estudiante en la Universidad Nacional en Bogotá, en la facultad de Veterinaria y Agronomía que después completó con el estudio de la Química. Durante estos tres años 1959 – 1961 hizo parte de la comunidad salesiana del Colegio León XIII.

En 1962 regresa nuevamente a Ibagué, destinado por sus superiores con un encargo especial: dedicarse a la dirección de la agricultura que en ese entonces estaba en todo su apogeo y también dictar algunas clases a los internos. Aquí permaneció hasta finales del año 1967. Y en 1968 fue destinado más allá de nuestras fronteras nacionales. Va a trabajar al país hermano, Bolivia. Allí por espacio de nueve años y concretamente en Santa Cruz de la Sierra en la Escuela agrícola de Muyurina se desenvuelve también como pez en el agua. Fue una experiencia que lo marcó y lo enriqueció salesianamente. De hecho, a cada momento recordaba y hasta podríamos decir que era su tema preferido siempre que se presentara la oportunidad. Aquí trabajó incansablemente. Fue realmente muy bien acogido y valorado y dejó huellas imborrables de experto en agronomía y veterinaria y también como buen profesor, hasta tal punto que todavía se habla de Don Fausto en esas Tierras. Justamente en el mes de Julio del año 2000 con ocasión de una reunión de Directores en Bolivia y pasando por Santa Cruz de la Sierra, al hablar de Colombia - Inspectoría de Medellín - lo primero que algunos

hermanos salesianos preguntaron fue sobre Don Fausto. Y lo recuerdan con cariño y gratitud.

Al regresar al país en 1977, como si su corazón salesiano tuviera un imán, es enviado nuevamente a Ibagué a la Escuela Agronómica «San Jorge». En esta oportunidad como profesor y como asistente de todos los internos hasta finales de 1978. «Allí, con toda la chiquillada, -nos cuenta el P. Gustavo Cadavid- atendía los sembrados de mimbre, la huerta, los potreros, los marranos y los perros. Le encantaba el campo...» En 1979 es nombrado economista de la obra, cargo que desempeñó con responsabilidad y creatividad por espacio de cuatro años, es decir hasta 1982. «Se encargaba de proveer para el mercado de la abundante comunidad, -continúa narrándonos el P. Gustavo- que por esas fechas contaba con el mayor número de salesianos coadjutores de la Inspectoría: Jesús Gutiérrez, Gabriel Olmos, Pablo Rodríguez, Julio Rincón, Jorge Pastás y Darío Soto... En su pieza tenía de todo: herramientas, medicamentos, botas plásticas de campo, implementos escolares, llaves, dulces... Nadie se varaba cuando acudían a él a pedirle algún favor. Era previsor. A todos los paseos y salidas se apuntaba. Era un asistente incansable».

UN VERDADERO TESTIMONIO DE TRABAJO

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que Fausto como Salesiano Coadjutor amó intensamente el trabajo. Los salesianos que lo conocieron y tuvieron la oportunidad de trabajar con él en diferentes obras y últimamente aquí en Cartagena afirman abiertamente que era de una actividad incansable. Se dedicaba a la agricultura, dirigía los cultivos, estaba pendiente de todos los detalles propios de una casa. Amaba las plantas y el jardín y por eso hacía hasta lo imposible primero, por tener todas las

herramientas y útiles necesarios y luego por cultivar muy bien el jardín. El mismo las sembraba, las regaba, las abonaba, las podaba, las limpiaba con aceites especiales; incluso “hablaba” con las plantas. Era un amor grande que sentía por ellas y hoy podríamos decir que se interesaba vivamente por toda la dimensión ecológica de la vida.

Pero esta actividad no se limitaba sólo al trabajo material, también el trabajo intelectual ocupó un lugar no importante sino importantísimo en la vida de Don Fausto. Fue sencillamente un hombre “culto” y poseía una agudeza mental bastante fina y cultivada. A través de refranes, proverbios y otras formas sencillas enseñaba muy concretamente la sabiduría de la vida a sus destinatarios. Por ejemplo: «para decir mentiras y comer pescado hay que tener mucho cuidado» y «primero cae el mentiroso que el cojo». Esto quedaba grabado en el alma de los muchachos y es mucha la formación que recibían. Sin exagerar y, en una forma simbólica, diríamos que lo mismo que hacía con las plantas, lo hacía consigo mismo. En efecto era un gran lector. Como diría el P. Cadavid, “un lector empedernido”. Opinaba sobre todos los temas. Sus conocimientos eran extensos y hablaba con propiedad de fútbol, de ciclismo, de política, de salesianidad, de historia, de geografía, de agricultura, de literatura. Leía de todo eso y retenía con precisión datos y fechas”. El mismo se “ufanaba”, en el buen sentido de la palabra, por ejemplo, de contar que ya se había leído hasta por quinta vez el “Quijote de la Mancha”. Y así fue. En el mismo lecho del dolor y de la enfermedad tenía el libro entre las manos y leía páginas y páginas, y cuando no podía hacerlo se contentaba con escuchar las grabaciones del libro. Igualmente se había leído varias veces algunos libros de Gandhi con quien, decía él, se quería identificar. Todo esto demostraba en la vida de Fausto su actitud positiva y proactiva de la formación permanente del salesiano y hablaba con frecuencia sobre la necesidad de actualizarse y repetía incansablemente

que «el proceso educativo efectivamente requiere de buenos conocimientos, pero unidos a criterios y valores».

Don Fausto, en esta dimensión intelectual de su vida amaba, así como suena, dar clases. Y durante su recorrido siempre se caracterizó por dictar muy bien sus clases: geografía, química, canto, catequesis. Nos cuenta el P. Gustavo que “a Fausto le encantaban las clases de religión, las cuales preparaba con mucha dedicación y presentaba a los muchachos de cuarto y quinto elementales...” Así se presentó siempre realmente preocupado por la Catequesis. Tuvo esa conciencia de ser en todas partes “educador de la fe”. Así entendió y vivió el objetivo de todo salesiano: que “nuestra ciencia más eminente sea, conocer a Jesucristo, y nuestra alegría más íntima, revelar a todos las riquezas insondables de su misterio” (Const. 34). Por otra parte amó el canto y la música, elementos que bien complementan el mensaje catequético. Ensayaba y dirigía los cantos de la Misa. Tenía buena voz.

En 1983 va a Copacabana. Aquí colabora en la economía y en las múltiples tareas y actividades que esta casa conlleva. Su gran amor por el jardín que siempre tuvo durante su vida, lo llevó a que en cada lugar donde se encontrara, lo convirtiera en un verdadero paraíso ecológico.

En 1986 regresa a Ibagué. Nos cuenta el P. Jorge Toro: «en Julio de 1988 llegué a Ibagué como Director. Allí encontré a Don Fausto como personal de esa casa y entré a compartir de cerca con él el trabajo salesiano. Don Fausto se desempeñaba, en horas de la mañana, como profesor de urbanidad en algunos grados de la concentración escolar «San Jorge», escuela oficial que dirigíamos nosotros. En horas de la tarde atendía un grupo de niños seminternos de los que, por una pensión módica, nos hacíamos cargo los salesianos. Una vez terminado el horario

escolar Don Fausto asumía la nada fácil tarea de estar con ellos, con el mejor estilo salesiano y haciendo despliegue del Sistema Preventivo, el resto del día, hasta el momento en que debían regresar a sus hogares al finalizar la jornada. Los acompañaba en el almuerzo, en la recreación y en una tarde de estudio dirigido para el cual Don Fausto tenía que ingenierarse para mantenerles suficiente material de trabajo. Su labor era, tanto más difícil, cuanto en el seminternado había niños de todos los cursos existentes en la escuela". Aquí permaneció hasta finales de 1991. En síntesis podemos decir que gran parte de su trabajo como salesiano lo realizó en esta ciudad. Fueron 25 años, en distintos períodos los que Fausto estuvo en Ibagué. En 1992 es enviado a la ciudad de Medellín para colaborar también en la economía y en los oficios varios y domésticos de la Casa Inspectorial.

En el mes de agosto del mismo año es enviado a Popayán para trabajar como animador pastoral de la Primaria. Aquí trabajó por espacio de dos años y medio. Finalmente, en 1995 es enviado a la Comunidad de Cartagena para dedicarse a la animación de la catequesis y demás actividades pastorales y académicas de las Escuelas Profesionales Salesianas». En esta casa, nos cuenta también el P. Jorge Toro, «se esmeraba en dar lo mejor de sí en la pastoral y, sobre todo, en la catequesis, aunque su aporte en el trabajo directo ya estaba muy disminuido. En vida comunitaria conservaba su talante de siempre en el sentido de cuestionar todo aquello que, a su juicio no estaba bien o no era justo. Y el tiempo que por razones de salud, no podía dedicar al trabajo con los jóvenes, lo dedicaba al cuidado exquisito de un hermoso jardín que cultivaba en el tercer piso de la casa salesiana de Cartagena». Y aquí permaneció por espacio de seis años y medio, hasta que el Señor lo llamó dándole la "obediencia definitiva" para la Casa del Padre.

FIDELIDAD HASTA EL FINAL

Durante el último año, supo llevar con entereza la enfermedad que el Señor le concedió, según decía él mismo, para unirse de una manera real y concreta a la Pasión de Jesucristo. Y efectivamente con un gran sentido cristiano y salesiano siempre estuvo a la altura, orando, meditando y reflexionando sobre los signos que Dios iba colocando en su camino hasta llegar el momento de la entrega definitiva de su SI y de su Vida a Dios como ofrenda permanente y como fruto maduro, aceptado y agradable a Dios.

La enfermedad de Don Fausto, además de algunas dolencias que padecía, propias de la edad y que van apareciendo con los años, por ejemplo todas las molestias que sufría en las rodillas, le impedían para caminar y para realizar muchas otras actividades y hay que decir, de paso, que a Don Fausto le gustaba hacer deporte, caminar, hacer gimnasia y muy especialmente le gustaba ir con mucha frecuencia a piscina. De hecho en el mes de Junio del año 2000 fue intervenido quirúrgicamente en una de sus rodillas y siempre guardó la esperanza de hacer lo mismo con la otra rodilla para seguir realizando las mismas actividades. Además de estas novedades, también tuvo molestias en el estómago y en parte se debía, lo decía él mismo, a la falta de apetito que siempre tuvo durante toda su vida, al desorden en el horario de las comidas, pues como no tenía apetito simplemente pasaba el día muchas veces con alguna fruta, algunas papas cocidas sin sal, y con los raros “menjurjes” que él mismo preparaba. Nos cuenta el P. Bernardo Vélez que “cuando se hicieron visibles los estragos de la edad, espoleados por la inapetencia que le restaron energías, los superiores le pidieron servicios más suaves y con gusto se entregó a hacer lo que podía... Dictaba algunas clases con horario no muy intenso. Aprovechaba, eso sí el tiempo, para entregarse a su hobby preferido: la lectura.

Leía hasta altas horas de la noche". Además era feliz haciendo y resolviendo crucigramas hasta tal punto que pareciera «obsesivo» con éstos, pues en cualquier lugar de la casa se le veía con lápiz y crucigrama en sus manos.

En Febrero de 2001 sintiéndose terriblemente débil y, después de los exámenes de rigor, se le encontró la hemoglobina bajísima por lo que hubo que hospitalizarlo de inmediato. El médico, al mismo tiempo, le ordenó una endoscopia a la que Don Fausto al cabo de dos días y después de motivarlo, decirle y hacerle ver la conveniencia accedió, pues era terco y llevado de su parecer. Con este examen se le descubrió un tumor maligno en el estómago. Según las indicaciones del médico no había sino que intervenir por lo que se le practicó una gastrectomía total el 30 de Abril de 2001. Aparentemente todo había salido muy bien, pero había que esperar el resultado de la muestra que se envió a patología para, una vez obtenido el resultado, iniciar el tratamiento necesario. El resultado final fue el descubrimiento de un cáncer gástrico, tipo intestinal, que en palabras técnicas de la medicina se llama "adenocarcinoma". Se requería entonces de una quimioterapia adyuvante a la que Don Fausto se opuso por su misma terquedad. Durante estos meses Don Fausto estuvo siempre bien, aparentemente sin ningún síntoma o molestia y él decía que había quedado muy bien de la cirugía. Pero el Martes 26 de Junio de 2001, Don Fausto no llegó a la capilla. Se nos hizo raro porque siempre era el primero en llegar para la oración. Ante esta novedad, lo visitamos en su cuarto y nos encontramos con que estaba acostado en el suelo y completamente "dormido", no respondía al llamado y sólo abría los ojos pero seguía inconsciente. Lo llevamos a la Clínica Madre Bernarda de Cartagena y se hospitalizó. Con los cuidados médicos, el miércoles y Jueves estuvo bastante bien, incluso hablando mucho, escuchando música y rezando. El Viernes 29 de Junio comenzó a agravarse. Ya no podía caminar ni moverse. Hablaba muy poco.

El Sábado 30 decía que lo llevaran para la casa y con muchos gestos y actitudes se despedía y no hay que tener miedo a decir que prácticamente presintió su propia muerte ya inminente. Estuvo muy bien acompañado, tanto por sus hermanos salesianos de comunidad, el P. Ricardo Villanueva, José Luis Jiménez, como por la parte espiritual. Se le administró el sacramento de la Unción de los enfermos, se hizo oración y se rezó el rosario en el que estuvo completamente consciente y respondía perfectamente y con mucha claridad. También lo acompañó todo el personal médico hasta las 3:30 a.m. del Domingo, primero de Julio de 2001, hora en que Dios lo llamó al Descanso Eterno. El parte médico final sobre la enfermedad de Fausto fue que estaba completamente invadido por el cáncer, siendo los pulmones los más afectados y por eso la causa de su muerte fue un paro respiratorio.

○ Cuando Fausto hablaba de su propia muerte lo hacía con mucho realismo pero sobre todo con un sentido cristiano y salesiano muy grande. Decía: "ya yo no puedo hacer nada... mi estado de salud no me lo permite... qué bueno poder bajar las escaleras sin problema y así poder ir hasta los muchachos..." Soñaba con la catequesis y el canto. Pero con todo esto, también decía que acompañaba a la comunidad con la oración y la presencia. Por eso, podemos terminar estas reflexiones sobre su vida con aquellas palabras que Santo Domingo de Guzmán les dirigió a sus hijos en su lecho de muerte: "No lloréis, puesto que seré más útil para vosotros luego de mi muerte, y os ayudaré de manera más efectiva, entonces, que durante mi vida". Esta era la convicción de Fausto y así es. El nos acompaña, intercede y acompaña toda nuestra tarea de educadores - pastores. Así que la mejor manera de recordarlo, haciendo memoria fraterna de Fausto no es con la tristeza o la nostalgia propios de la condición humana, sino con el compromiso, la gratitud y el cariño con la esperanza de entrar un día junto con él en el gozo y plenitud de la vida, después de trabajar y luchar al igual que él.

ALGUNOS TESTIMONIOS...

El P. Oscar Posada, compañero de Fausto desde los primeros años de estudio y formación y más concretamente, compañero de Noviciado nos cuenta sobre la vida de Fausto lo siguiente: “Desde que lo conocí como mi compañero de Aspirantado y Noviciado y luego en la vida salesiana puedo asegurar que era muy culto, trabajador, alegre, de una piedad profunda y siempre lo caracterizó un deseo grande de servicio y entrega a los demás y una grandísima sencillez. Durante el tiempo de formación gozó de maravillosa salud.

Que Fausto interceda por nosotros y nos obtenga del Señor la gracia del celo apostólico que lo acompañó siempre”.

El P. Germán Londoño quien tuvo la oportunidad de trabajar varios años con Don Fausto también ha querido manifestar su gratitud y por eso nos ha dejado este recuerdo: «Conocí a Don Fausto en 1987 en el «Dormitorio Don Bosco» de la ciudad de Ibagué. Un hombre de estatura pequeña, pero de un corazón lleno de bondad y amor por la Congregación y ávido de trabajo por los jóvenes más pobres. Allí descubrí en Fausto la grandeza de un hombre que vivía la actualidad del Carisma Salesiano. Don Fausto sí que heredó ese celo apostólico de nuestro padre.

A pesar de su salud precaria y su avanzada edad, asume la dirección del semi-internado, poniendo al servicio de los niños y jóvenes lo mejor de sí; especialmente hacia hincapié en la enseñanza de la Catequesis.

Fue un hombre profundamente trabajador y convencido de su vida religiosa, de su aporte a la construcción del Reino, en cualquiera de sus trabajos, como profesor, como granjero, como asistente, etc. Y por eso era un buen hombre, un buen consagrado, un buen amigo y hermano.

Lo reconozco como un verdadero modelo de salesiano coadjutor, nunca le oí proferir palabras que negaran la autenticidad de su condición de religioso consagrado, mucho menos contra los hermanos en formación o ya sumergidos en el trabajo como sacerdotes o coadjutores, siempre vivió con intensidad la alegría de su vocación de salesiano. No se sintió ni más ni menos que los demás, fue un ejemplo de salesianidad en la vida de trabajo, en el cumplimiento de los deberes religiosos, en las prácticas de piedad. Un gran motivador para que se cumpliera con las obligaciones comunitarias.

Como educador se desempeñó en un alto grado de competencia. Sus alumnos en las Escuelas Profesionales de Cartagena lo recuerdan como uno de los mejores profesores de química. Era además un gran amante de la naturaleza. La protegía y la cultivaba; allí manifestaba la sensibilidad de un hombre lleno de Dios y agradecido de las bondades dadas por Él. Siempre, con esmero y dedicación, procuró que la naturaleza se regocijara, mostrando las grandezas del Creador, que no ahorrraba belleza, que invitaba a alabar las maravillas que hace Dios en los corazones nobles y sensibles como el de Fausto. Desde su frágil apariencia corporal, mostraba la fuerza y la grandeza que hace que el hombre sea en verdad, la obra fundamental del plan de salvación».

El Padre Jorge Guillermo Toro también nos comparte su propio testimonio: “Conocí a Don Fausto hacia el año 1979, en Cali cuando recién ordenado sacerdote, me desempeñaba en esa comunidad como animador pastoral. El trabajaba en el entonces “Dormitorio Don Bosco” de la ciudad de Ibagué. Iba de visita y compartí con él preciosos momentos en algunas atenciones que le brindamos en comunidad en los días durante los cuales estuve con nosotros.

Más tarde, siendo yo encargado de las Escuelas Profesionales Salesianas de Cartagena, tuve la oportunidad de atenderlo en la “heroica” en las varias ocasiones en que nos visitó, una de ellas acompañando a los niños del “Dormitorio Don Bosco” en uno de los tantos paseos que los salesianos organizaban con ellos.

Llamaban la atención en Don Fausto la entrega, el interés y el amor con que se consagraba completamente a los destinatarios, en una atención personalizada que lo comprometía desde el día lunes hasta el Viernes. Esa atención iba desde el interés por su formación humana en todos los campos, hasta el diálogo con quienes lo pudieran necesitar, en un ambiente de carencia económica, afectiva, sicológica y moral, como el que se vivía en esa desaparecida obra de la Inspectoría.

En el Consejo de la Comunidad, en la asamblea de profesores y en la asamblea de hermanos era una persona muy valiosa por la riqueza de sus aportes y por sus cuestionamientos, a veces fuertes, que siempre se encaminaban en la línea de la justicia, de la pobreza y de la defensa de los intereses de los niños.

En síntesis, siempre vi en Don Fausto al cristiano solícito y al religioso observante. En la vida comunitaria era cumplidor. Se le veía preocupado por la pobreza de la comunidad, tanto local como Inspectorial y recalca en ella todas las veces que tenía ocasión de hacerlo. Como buen salesiano su gran obsesión eran los jóvenes pobres de quienes le preocupaba no únicamente su aspecto de pobreza económica sino, sobre todo, su formación humana y cristiana, en la cual se entregaba con todas sus energías. No puedo dejar pasar inadvertido un último aspecto: la forma cristiana como sobrellevaba los sufrimientos que le producía su estado deteriorado de salud. Raras veces lo oí quejarse. El Señor premie sus méritos y olvide sus límites”.

El P. Bernardo Vélez, quien compartió algunos años de trabajo con Don Fausto, también nos ofrece un testimonio valioso. “Cuando en 1986, el P. Inspector me encargó el cuidado y la atención de la Casa de Ejercicios Don Bosco en Copacabana, me asignó como compañero y colaborador al Sr. Fausto Macías.

El hecho de coincidir en inquietudes, ideas y gustos y mil detalles más, amén de la circunstancia de vernos solos como responsables de la buena marcha de una obra que consideramos apostólica, ayudó mucho a nuestra empatía y a superar los momentos de aislamiento en los días que no recibíamos grupos de ejercitantes o convivencias. Soledad que hacía más sensible la carencia de comodidades.

Don Fausto dio rienda suelta a sus conocimientos agronómicos y se dio a la tarea de engalanar la finca con arborización y jardines, para lo cual tenía “mano bendita”, como se dice por aquí en el interior del país. No es fácil imaginarlo solo, recorriendo el campo pues siempre iba acompañado de uno o dos perros a quienes cuidaba con cariño.

Don Fausto, como había asimilado la magnífica formación que se nos había inculcado en el Noviciado, respetaba el horario propuesto para las prácticas de piedad, sobre todo para la celebración de la Santa Misa.

Con este brevísmo testimonio, quiero destacar su desprendimiento, nada de apego a objetos o vestuario superfluo, su dedicación al trabajo, su frugalidad en las comidas, la propiedad con que intervenía en las conversaciones pues asimilaba muy bien los temas que leía sobre todo en revistas serias muy bien seleccionadas. Por su temperamento dejaba la impresión de ofuscamiento, pero se controlaba con facilidad y se veía que no guardaba rencores.

Finalmente, quiero dejar constancia y gratitud por la colaboración que me brindó y por la fidelidad a una amistad que siguió manifestándose a través de mil detalles, entre ellos la perseverancia y puntualidad en sus llamadas telefónicas desde donde estuviera, no tanto para darme cuenta de su estado de salud, sino sobre todo para informarse de la mía. María Auxiliadora y Don Bosco, a quienes tanto amó, lo habrán recibido en las mansiones eternas destinadas para los que en vida, atendieron a Jesús en persona de los pobres y desvalidos".

CONCLUSION

Que Dios le conceda la gloria de los justos y de los santos. Ya Don Fausto con toda seguridad escuchó aquellas palabras consoladoras de Jesús: "Bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor" (Mt 25,23). Y que a nosotros nos conceda el don de la fortaleza para seguir trabajando con ánimo en la fidelidad y la perseverancia en este camino formidable de espiritualidad y santidad salesianas, "manteniéndonos firmes, incombustibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que nuestro trabajo no es en vano en el Señor" (1 Co 15,58).

Finalmente, vale la pena traer a colación algunas palabras que el Rector Mayor Don Juan Vecchi, en su última carta nos dirige con ocasión de la próxima beatificación del salesiano coadjutor Artémides Zatti, que unidas también al recuerdo vivo de nuestro hermano salesiano coadjutor Fausto, nos estimulan y motivan para seguir trabajando por una pastoral vocacional decidida y por eso le pedimos a Dios, por su intercesión, nos conceda buenas y santas vocaciones de salesianos coadjutores. Ellos, entonces, se "constituyen en estímulo e inspiración para hacernos sensibles a nuevas áreas de pastoral hoy urgentes y

sobre todo para impulsarnos a repensar con generosidad y amplitud la presencia del Salesiano Coadjutor marcado con estos rasgos típicos: el deseo absoluto de permanecer y trabajar con Don Bosco, según el «da mihi animas»; la vivencia de una consagración total, que tiene su expresión más inmediata y fuerte en la participación en la misión comunitaria y en el amor fraternal y el desarrollo sereno y continuamente actualizado de la propia preparación profesional como medio para hacer el bien" (ACG No. 376, Pág. 64).

Que Dios te conceda, querido Fausto, el descanso eterno y la luz eterna!

Pbro. Jorge Iván Pérez V., SDB
Director Comunidad Cartagena
Septiembre 9 de 2001

Fiesta de San Pedro Claver

Que el Señor te bendiga y te proteja en su eterno Reino. (1 C. 15,28).

Datos para el Necrologio:

FAUSTO ENRIQUE MACIAS CAMERO

Nace en Funza (Cundinamarca) – Colombia
el 5 de Octubre de 1927.

Muere en Cartagena, el 1 de Julio de 2001, a los
73 años de edad
y 53 años de Profesión religiosa.

Diagramación: Juan Carlos Osorio

Diseño de carátula e impresión:

Escuela Salesiana de Artes Gráficas P.J.B.

Tel:341 64 64 ext:132 Fax:341 64 66

Medellín

